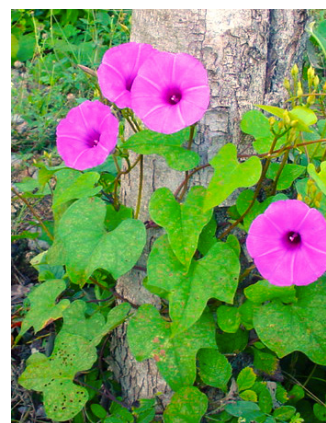


La biodiversidad de Yucatán en dos miradas

Alejandra García Quintanilla



Especies de convolvuláceas comunes en Yucatán. (Fotos: R. Durán, A. Dorantes)

Es bien conocido el hecho de que entre los mesoamericanos antiguos y contemporáneos, las plantas, los animales, las piedras y otros seres u objetos poseen algo que podríamos llamar alma. Es una forma de conciencia que les permite sentir, actuar con intención y comunicarse como “personas” con las personas humanas. Para acercarnos a esta manera de ver el mundo, vamos a empezar por las plantas que pertenecen a la familia de las Convolvulaceae. De acuerdo con los campesinos mayas de Yucatán, éstas tienen una singular y poética forma de manifestarse y de manejar sus preocupaciones. Es posible que la forma más notoria de la peculiar manera de ser “personas” de estas plantas se manifieste a los mayas yucatecos entre los meses de septiembre a enero. Es entonces cuando la familia se vuelve altamente conspicua en las selvas, porque, en forma de campanillas o de pequeñas trompetas de múltiples colores, brotan las flores de las distintas especies de arbustos, lianas y enredaderas que trepan, se enrollan y florecen en los árboles o a las orillas de las milpas y de los caminos y albarradas.

Los campesinos mayas entienden que al florecer sobre los árboles, las convolvuláceas forman altares donde se guardan los Yumilo'ob K'axo'ob (plural de Yum K'ax) que son los señores o dueños de los montes, de la vegetación. Por la época en que florecen, al terminar la temporada de lluvias, consideran que los altares son para despedir a los Chaak'ob -señores de las lluvias- y a las lluvias mismas (McDonald, 1997; Flores y otros, 1997). Así, desde la mirada de la cultura de los mayas de hoy, éstas flores constituyen la parafernalia viva del duelo de las plantas y de sus dueños -los Yumilo'ob K'ax'ob- por la partida de las lluvias, por la llegada de la temporada de seca, durante la cual pueden morir.

Ciertamente, ni los mayas, ni las convolvuláceas, ni los Yumilo'ob K'axo'ob son los únicos que utilizan flores para consolarse de la muerte, para conservar la esperanza de renacer y trascenderla. Pero tal vez los mayas sí sean los únicos que han construido estos significados en relación a las flores vivas de las convolvuláceas mientras crecen de manera silvestre en los montes. Este significado, el de acompañante del duelo de las plantas, como parafernalia viva, ofrenda y símbolo de la esperanza del renacimiento del monte, tan poéticamente construido, nos permite empezar a apreciar las distancias entre la mirada de la cultura «maya» y la mirada «occidental», las dos grandes culturas de quienes habitamos Yucatán.

Sin duda, el encanto de lo que bien podríamos llamar “poética maya de la naturaleza”, es lo primero que resalta bajo la mirada que no es maya. Pero el asunto va mucho más allá del gozo estético, porque si las plantas y los animales y hasta las piedras son también “personas”, su manejo requiere de un respeto que pasa por la dimensión moral. Así, prácticas como las de la preparación para el cultivo en las que el monte se corta y luego se quema, son asuntos cargados de fuertes dilemas morales. Si revisamos las palabras con las que los mayas han nombrado a quienes cultivan, encontraremos que en la historia de su lengua aparece una antigua expresión para nombrar al milpero que nos permite asomarnos a la profundidad moral y emotiva con que se vive la preparación para el cultivo, ésta es: “ah kimsah k'ax”, que literalmente significa “el que-mata al monte”. En los antiguos diccionarios aparece junto a otras igualmente tremendas que nos permiten apreciar su gravedad, como son: “ah kimsah u na: el que-mata a su madre”; o a su padre: ah kimsah u yum (Barrera Vásquez, 1980).

Ahora la expresión ha caído en desuso y ya nadie dice “ah kimsah k’ax” para nombrar al milpero. Pero desde el siglo XVI, en los primeros diccionarios de maya-español que elaboraron los frailes españoles y hasta el siglo XIX, podemos encontrarla. El problema es que los frailes que recogieron las palabras de los mayas y buscaron traducirlas venían de la cultura occidental, donde la naturaleza no está poblada por “personas” sino por objetos; y no concebían más persona que la humana o la divina. De manera que más que traducirla, lo que los frailes hicieron fue reinterpretarla desde lo que su propia cultura les permitía ver y entender. El resultado fue que tergiversaron a los mayas. Desaparecieron el asesinato y solamente escribieron: “ah kimsah k’ax: el milpero o labrador, porque tala el monte para hacer su milpa y labranza... labrador, generalmente, que labra la tierra” (Anónimo 1995; 1993).



Al leer la supuesta traducción al español, resulta que ni hay un crimen contra la vida de todo lo que habita el monte, ni la agricultura pasa por la dimensión moral. La cultura, la mirada maya de la naturaleza y de su relación con ella fue tachada y suplantada con los significados de la cultura occidental. La expresión siguió apareciendo en los diccionarios hasta el siglo XIX, pero ninguno explica, en español, la carga moral que la agricultura lleva en la cultura, en la vida y en las palabras de los mayas (Pérez, 1866-1877).

Con todo, aunque “ah kimsah k’ax” ya no sea parte del vocabulario de los mayas, los milperos siguen tratando a las plantas con consideración y gentileza cuando se preparan para cultivar. Así, de Yaxcabá nos llega el testimonio de lo que don Agustín Cob Albornoz les explicaba a los dueños de las plantas antes de empezar a “tumbar” el monte para hacer su milpa:

“... le llevábamos saka’ [ofrenda: bebida ritual] a los Yum K’ax, los Señores del Monte, para pedirles permiso para trabajar el terreno. Les explicábamos que con la tumba no queríamos perjudicar al monte, sino que al contrario, que se iba a rejuvenecer con todos los nuevos brotes que tendría después de la quema” (Ilsley Granich, 1995).

Si analizamos las palabras de don Agustín y empezamos por la forma, veremos que, al hablar en español, se ve forzado a usar la palabra “tumbar” establecida en el vocabulario de los milperos mayas cuando hablan español. Pero lo que él les está explicando a los Señores del Monte es que tanto la llamada “tumba”, como la quema, son en realidad una “poda”.



Ofrenda en la milpa para buenas cosechas. (Foto: S. Terán)

Una diferencia muy importante, porque entre ambas palabras está la diferencia entre las acciones para la vida, el rejuvenecimiento que se abre con la acción de “podar”, y las de la muerte, de la acción terminal y final que va en el acto de “tumbar”. Entre la tumba y la “poda” hay dos significados, dos miradas, dos acciones que equivalen a dos formas diferentes de manejar y, en general, de relacionarse con la naturaleza. Por un lado, tenemos a una humanidad que sin pasar por conflictos morales tumba la vegetación para poder cultivar y subsistir; luego, tenemos a otra que para cultivar asume la responsabilidad de la “poda”, de una etapa dolorosa tanto para la vegetación como para los humanos en la interminable regeneración de la naturaleza.

Precisamente, lo que el trabajo de muchos biólogos ha demostrado es que la llamada “tumba y quema” es realmente una poda en el sistema milpero. Porque las raíces y semillas de muchas plantas silvestres no mueren ni con la quema y pueden esperar un par de años, o a veces ya con las siguientes lluvias rebrotan, rejuvenecidas; y lo mismo con los tocones de los árboles que acostumbran proteger durante la quema.



Por años los campesinos yucatecos han utilizado la llamada “tumba y quema” que, en opinión de los biólogos, es realmente una poda en el sistema milpero. (Foto: H. Estrada)

Además, provenientes del monte van entrando y creciendo plantas silvestres en la milpa, plantas que bajo la mirada maya no son “silvestres”, ni “malas hierbas”, ni “plantas invasoras”, sino que son las plantas de Yum K’ax, el legítimo dueño de la vegetación y por tanto pertenecen a lo sagrado. Plantas con las que el proceso de regeneración del monte se inicia o reinicia desde que el propio milpero empieza a cultivar, y que podrán empezar a crecer libremente dos o tres años después cuando el milpero se retire a hacer su milpa en otro espacio (Zizumbo y Simá, 1988; Illsley Granich, 1995; Levy Tacher y otros, 1995).

Por sus palabras, pero sobre todo por la forma en que manejan la milpa, se puede ver que para los milperos mayas, que han aprendido a usar la palabra “tumbar” como si significara “podar” -y de hecho “podan” el monte-, no sólo importa la supervivencia de las personas, sino también de la biodiversidad. No actúan para destruirla, sino para perpetuarla.

A lo largo de su historia aprendieron a escuchar a la naturaleza y entendieron que la conservación de la biodiversidad era crucial para el sostenimiento de la vida de su pueblo. Saben, desde hace muchos siglos, lo que hace menos de 100 años empezaron a descubrir los científicos occidentales: que los suelos tropicales son viejos y pobres en nutrientes. Además, no logran acumular nutrientes porque las condiciones del clima tropical hacen que la descomposición de la materia sea muy acelerada, y tan rápido como son liberados los nutrientes las plantas los absorben a través de sus raíces. De modo que para cultivar es necesario bajar esos nutrientes de la vegetación y con ellos hacer suelo para nutrir los cultivos. De ahí la llamada “tumba-roza-quema” que históricamente se ha practicado en las tierras bajas de toda la franja intertropical del planeta. En Yucatán esta necesidad de hacer suelo con la vegetación es más apremiante que en otras partes del trópico, porque a falta de actividad volcánica que produzca las lavas que con el tiempo se degradan en suelos, éstos son muy delgados, irregulares e incluso inexistentes en algunos lugares. Estas condiciones suponen una diferencia radical con respecto a los suelos de las zonas templadas del planeta que sí acumulan y pueden ser auténticos depósitos de nutrientes, de fertilidad.

Por eso, los frailes españoles que venían de Europa, de las zonas templadas, de otra naturaleza, tenían muchas dificultades para entender tanto el trópico, como los conocimientos y prácticas que los mayas habían construido para manejarlo. Desde el Calepino de Motul, el más antiguo de los diccionarios, aparecen expresiones que los frailes españoles escribieron con cierto asombro y no poco desconcierto porque hablan de la fertilidad en términos de la vegetación, de los montes y no del suelo, como ocurría en Europa de donde ellos venían (García Quintanilla, 2000; Okoshi Harada, 2005).

Además de sorpresa hay que decir que también tuvieron grandes confusiones que buscaron subsanar con explicaciones equívocas, porque desde su cultura, desde su manejo de la naturaleza europea, necesitaban meter el suelo, o “la tierra” como comúnmente se dice.

Así, tenemos que en la traducción de zuhuy k’ax, que literalmente significa “monte (k’ax) virgen (zuhuy)”, los frailes tuvieron que meter el suelo, y dijeron que era: “tierra o monte que nunca fue labrado”. Claramente, a los mayas no les interesaban los escasos nutrientes de un también escaso suelo/ tierra virgen, sino la gran masa de vegetación que podrían bajar de un zuhuy k’ax, y el fértil suelo que podrían hacer con ella. A veces, los frailes se sintieron en la necesidad de hacer largas aclaraciones, plagadas de contradicciones, que los mayas nunca han necesitado y que no estaban ni están en su lengua, o en sus clasificaciones del monte. Así lo hicieron con: cabalchee, donde los frailes dijeron: “tierra llana, que no son tierras [¿son o no son?] ni dehesas, sino monte de arboleda baja” (cabal = bajo, chee = árbol) (Anónimo, 1995).

Para aumentar el enredo de aquellos frailes, en el mismo Calepino tuvieron que recoger y lidiar con la expresión luum que literalmente significa “tierra virgen”, pero nada tiene que ver con el suelo o su fertilidad, pues como ellos escribieron: “tierra virgen, y llaman así a la de la iglesia o cementerio por estar bendita o sagrada, o porque no cometen en ella pecados”. Aquí luum (tierra) no se refiere a tierra como suelo, sino a un “lugar”, como cuando uno se refiere a su país como “mi tierra”. En este caso es un “lugar sagrado”, no tocado (zuhuy) (Anónimo, 1995).

El grave dilema es que para sobrevivir como sociedad, es decir, para cultivar y sostener a una colectividad en las condiciones del trópico, los mayas han necesitado matar el monte... ¡y que viva! Porque siempre necesitan monte, para volver a hacer suelo, para volver a hacer milpa, y así al otro año y al otro y siempre. Por eso, para “matarlo y que viva” era necesario desarrollar una agricultura que no “tumbara”, sino que “podara”. Que asegurara el renacimiento del bosque lo más rápido posible. Ahora podemos comprender que bajo esta apremiante preocupación por la vida de la vegetación pudieron desarrollar la sensibilidad necesaria para entender el duelo de las flores, cuando termina la temporada de lluvias y las plantas pueden morir.

Pero la biodiversidad es más que todas las plantas, incluye también a los animales, y, de nuevo, en el trópico hay condiciones que han hecho especialmente apremiante su conservación. Aquí el asunto tiene que ver con las plagas y otra vez con el clima. Ciertamente históricamente hemos visto plagas destruir cultivos en todo el planeta. Pero en las zonas templadas del planeta hay algo que las puede acabar a la vuelta de un año: las heladas invernales. Las heladas no ocurren en las tierras bajas de la franja intertropical, pero los milperos mayas idearon una estrategia preventiva para enfrentar las plagas: proteger la biodiversidad e incluso imitarla en su milpa. Esto funciona más o menos así: supongamos que entra un insecto a un cultivo y se encuentra con una planta que le resulta muy apetitosa. Si todas las plantas son las mismas (como ocurre en la tradición del moderno “monocultivo”), se quedará y se reproducirá hasta convertirse en plaga. El problema con el que se toparía en la milpa, es que ésta es un policultivo que imita la diversidad del monte e incluye una rica diversidad de plantas.

Así que al lado de una planta apetitosa, encontrará una planta diferente que tal vez no le guste tanto y luego otra que incluso lo enferme. Y como la milpa está rodeada de monte, muy seguramente entrarán otros insectos, o gusanos, o pájaros a comérselo.



Una plaga de langosta. (Foto: A. Dorantes)

Los milperos mayas saben muy bien que la biodiversidad es su protección, su refugio, porque en ella tienen un control natural de las plagas. Por eso, en Xocén, comisaría de Valladolid, cuando siembran ponen cinco o seis semillas para compartir con los animales, porque “ellos también tienen derecho a comer”. Al hacer su sembrado le piden al dueño de los animales, a Metan Luum, que los controle para que no abusen de sus cultivos. Y tienen otras estrategias, pero también, cuando los animales se propasan, tienen derecho a cazarlos (Terán y Rasmussen, 1994; Terán y otros, 1998), aunque solamente cuando se propasan; esto, hay que reconocerlos, implica mucha paciencia, y para tenerla se necesita una gran fortaleza personal para enfrentar los riesgos al ritmo de la naturaleza.

El gran problema es que su sistema cada vez se vuelve más difícil de sostener porque la biodiversidad, que es el sostén

de toda su forma de vida, está cada vez más restringida, reducida, limitada. Por esta razón, las mujeres y los hombres mayas milperos enfrentan ahora una doble y brutal agresión a su cultura, que es su ser mismo. Pues, además de que el sostén natural de su cultura está siendo socavado a grandes pasos por el crecimiento de ciudades y desarrollos turísticos, la expansión de grandes pastizales para la ganadería comercial, la agricultura comercial “moderna” donde, sin ningún respeto, la diversidad que habita el monte es arrasada y sustituida en grandes extensiones por una sola especie que se cultiva con agroquímicos que contaminan agua y suelos y matan indiscriminadamente a plantas y animales; además de todo esto, su cultura, la que por supuesto incluye sus conocimientos, su aprecio y manejo de la naturaleza, más que nunca es incomprendida y desvalorizada como “incultura”, barbarie, ignorancia y superstición.

Muchas y muchos la han sostenido a contracorriente, bajo amenazas, incomprensiones y bajo la durísima carga del racismo y la discriminación cultural por quinientos años, pero cada vez les es más difícil hacerlo, especialmente para los jóvenes. En este caso, frente a la cultura maya, no es exagerado decir que el respeto a la diversidad cultural y la conservación de la biodiversidad van de la mano, pues, históricamente, la tarea de cuidar la biodiversidad ha recaído sobre los mayas. Mientras más entera y vigorosa sea su cultura, más fuerte es el imperativo moral, religioso, estético, social y personal, es decir, vital, de respetar y cuidar la biodiversidad.

En su libro sagrado, el Popol Vuh, está escrito que hace mucho, mucho tiempo, antes de la creación de la humanidad actual -la de los humanos de maíz-, el mundo fue poblado por “humanos de madera” que, aunque parecían humanos no tenían corazón, se olvidaron de sus creadores y ¡maltrataron a la naturaleza! Por eso, “Corazón de cielo”, su “creador y formador”, autorizó a los animales, los árboles, las piedras y hasta a sus objetos personales a devolver el maltrato a los humanos. Todos se lanzaron contra ellos y cuando intentaron guardarse dentro de sus casas, éstas se les cayeron encima. Hasta las cuevas se cerraron y les negaron el refugio. Después de eso vino un diluvio que acabó con ellos (Recinos, 1976).

Hoy podemos escuchar los ecos de aquella antigua historia. Aquellos humanos de madera, sus abusos e incluso su castigo tienen cercanos paralelos con las condiciones que ya ahora, con el cambio climático, estamos viviendo. Según dice el Popol Vuh, el mundo se salvó. Pero no con los humanos de madera... “Corazón de Cielo” tuvo que volver a llamar a la “Gran Abuela” y al “Gran Abuelo”, y de maíz, de una nueva materia, la “Gran Abuela” formó y moldeó nuevas personas. Personas que entendieron que las plantas y los animales también eran personas.